Hay una pregunta que, aunque pueda parecer sencilla, contiene uno de los misterios más profundos de toda la fe cristiana: **¿Jesucristo es el Hijo de Dios o es Dios mismo?**

Algunos responden que Jesús es el Hijo de Dios, como si eso significara que es inferior al Padre. Otros afirman que Jesús es Dios, pero parecen olvidar que Él mismo habló constantemente de su Padre, se dirigió a Él en oración y declaró haber sido enviado por Él. Y no faltan quienes consideran que estas dos afirmaciones son contradictorias.

Sin embargo, la fe católica enseña algo mucho más profundo: **Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios y verdaderamente Dios. No es una criatura extraordinaria, un profeta elevado a una categoría divina ni un ser intermedio entre Dios y los hombres. Es Dios eterno, de la misma naturaleza que el Padre, que asumió nuestra humanidad para salvarnos.**

Aquí se encuentra el corazón del cristianismo. No creemos simplemente que Dios envió a un hombre extraordinario para enseñarnos el camino del bien. Creemos que **Dios mismo vino a nuestro encuentro en la persona de Jesucristo**.

Para comprender esta verdad es necesario adentrarse en el misterio de la Santísima Trinidad, escuchar las palabras del propio Jesús, examinar los testimonios de los apóstoles y comprender por qué la Iglesia defendió desde sus primeros siglos la divinidad de Cristo, incluso frente a controversias que amenazaban con alterar el fundamento de la fe.

La pregunta, por tanto, no es solamente quién fue Jesús. Es también quién es, quién es Dios y qué significa realmente que el Verbo eterno se hiciera hombre.

1. La respuesta de la Iglesia católica: las dos afirmaciones son verdaderas

La respuesta católica no obliga a elegir entre dos posibilidades. No tenemos que decidir si Jesús es el Hijo de Dios o si es Dios mismo, porque ambas afirmaciones expresan una misma realidad desde perspectivas diferentes.

La Iglesia profesa que:

- **Jesucristo es el Hijo de Dios:** es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, eternamente engendrado por el Padre.
- **Jesucristo es Dios:** posee plenamente la misma naturaleza divina que el Padre. No es inferior a Él en divinidad.

- **Jesucristo es verdaderamente hombre:** asumió una naturaleza humana completa, con cuerpo y alma racional, sin dejar de ser Dios.

Esto significa que Jesús no es el Padre, pero tampoco es un dios distinto del Padre. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres dioses: son tres Personas distintas en una única e indivisible naturaleza divina.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo expresa con absoluta claridad en sus números 464 y 469: Jesucristo es **verdadero Dios y verdadero hombre**. No es una mezcla de ambas naturalezas ni un ser mitad divino y mitad humano.

Aquí debemos detenernos en una distinción fundamental: **una cosa es la persona y otra la naturaleza**.

La naturaleza responde a la pregunta «¿qué es?». La persona responde a «¿quién es?».

En Jesucristo hay una sola Persona, la divina Persona del Hijo, y dos naturalezas: la divina y la humana.

Por eso podemos afirmar que Jesús tiene hambre, experimenta cansancio, llora, sufre y muere verdaderamente como hombre, pero también que perdona los pecados, domina la creación y posee la gloria eterna que corresponde a Dios.

No son dos sujetos diferentes actuando dentro de un mismo cuerpo. Es el mismo Jesucristo quien actúa según su naturaleza divina o según su naturaleza humana.

Esta verdad constituye uno de los pilares fundamentales de la cristología católica.

2. ¿Qué significa realmente que Jesús es el Hijo de Dios?

Para comprender esta cuestión debemos abandonar una interpretación demasiado humana de la palabra «Hijo».

Cuando escuchamos que Jesús es el Hijo de Dios, podemos imaginar inconscientemente una relación semejante a la que existe entre un padre y un hijo humanos: un padre que existe primero y posteriormente tiene un hijo.

Pero **la generación del Hijo de Dios no sucede en el tiempo**.

El Padre no existió durante una eternidad sin el Hijo y después lo engendró. El Hijo es eternamente engendrado por el Padre. Nunca hubo un momento en el que el Padre estuviera sin el Hijo.

Esta es una de las verdades esenciales de la fe trinitaria.

El Evangelio de san Juan comienza con unas palabras extraordinarias:

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1,1).

El evangelista no dice que el Verbo comenzara a existir en el principio. Dice que ya existía.

Tampoco dice que el Verbo fuera una criatura cercana a Dios. Afirma expresamente que el Verbo era Dios.

Y unos versículos después encontramos una afirmación todavía más sorprendente:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).

Este es el fundamento bíblico de la Encarnación.

El Hijo eterno de Dios asumió nuestra naturaleza humana y entró en la historia. El que existía antes de todos los siglos nació de una mujer en Belén. El que creó el universo aceptó ser sostenido en brazos humanos. El que es eterno experimentó nuestra existencia temporal.

Por eso, cuando hablamos de Jesús, no estamos hablando de un hombre que consiguió convertirse en Dios, sino de **Dios Hijo que se hizo verdaderamente hombre**.

¿El Hijo fue creado por el Padre?

No. Esta cuestión es especialmente importante porque constituye uno de los errores doctrinales más antiguos relacionados con la identidad de Jesucristo.

La Iglesia enseña que el Hijo es engendrado, no creado.

La diferencia es esencial:

- Lo creado recibe la existencia de Dios y pertenece al orden de las criaturas.
- El Hijo es eternamente engendrado por el Padre y posee la misma naturaleza divina.

Cuando decimos que el Padre engendra al Hijo, no hablamos de un proceso biológico, de una separación ni de una división de la divinidad. Utilizamos un lenguaje humano para expresar una realidad eterna que supera nuestra capacidad de comprensión.

El Hijo recibe eternamente del Padre la plenitud de la única naturaleza divina. No recibe una divinidad inferior ni una parte de Dios.

Por eso el Credo de Nicea utiliza una expresión fundamental: **«Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre»**.

La palabra «consubstancial» significa precisamente que el Hijo comparte la misma sustancia divina que el Padre.

No son dos seres divinos semejantes. Son Personas distintas que poseen una única e indivisible divinidad.

3. ¿Dónde dice Jesús que es Dios? Las palabras del propio Evangelio

Una de las objeciones que suelen plantearse es la siguiente: si Jesús es Dios, ¿por qué no se limitó a decir claramente «Yo soy Dios»?

La pregunta merece una respuesta seria.

Los Evangelios no presentan a Jesús pronunciando constantemente esa fórmula exacta. Sin embargo, contienen afirmaciones, acciones y declaraciones sobre su identidad que, consideradas en su contexto judío y en el conjunto de la revelación, manifiestan su condición divina.

Veamos algunas de las más importantes.

«Yo y el Padre somos uno»

En el Evangelio de san Juan encontramos una de las declaraciones más significativas:

«Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30).

No se trata simplemente de una unión de voluntades semejante a la que puede existir entre

dos personas que comparten una misma misión.

El contexto resulta revelador. Jesús está hablando de sus ovejas, de la vida eterna que les concede y de que nadie puede arrebatarlas de su mano. Después afirma que nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre.

Sus interlocutores comprenden la gravedad de sus palabras y toman piedras para apedrearlo.

La unidad de Jesús con el Padre no significa que sean una misma Persona. Significa que el Hijo comparte plenamente la divinidad del Padre.

La doctrina trinitaria permite comprender esta afirmación sin confundir a las Personas: **el Padre y el Hijo son distintos personalmente, pero uno en naturaleza divina**.

«Antes de que Abrahán existiera, Yo Soy»

Otro pasaje extraordinario aparece en Juan 8,58.

Jesús declara:

«En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, Yo Soy».

Observemos cuidadosamente la expresión.

Jesús no dice simplemente que existía antes de Abrahán, sino que utiliza la expresión «Yo Soy».

Esta declaración recuerda el episodio de la zarza ardiente, cuando Dios revela su nombre a Moisés:

«Yo soy el que soy» (Éxodo 3,14).

En el contexto del Evangelio, la afirmación de Jesús va mucho más allá de una simple preexistencia. Manifiesta una identidad y una existencia que trascienden el tiempo.

De nuevo, sus interlocutores reaccionan con hostilidad.

La Iglesia reconoce en este pasaje un testimonio especialmente importante de la divinidad y preexistencia eterna de Cristo.

«El que me ha visto a mí ha visto al Padre»

En la Última Cena, Felipe pide a Jesús que les muestre al Padre.

La respuesta es sorprendente:

«El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Juan 14,9).

Jesús no está afirmando que Él sea personalmente el Padre. Está revelando que el Padre se da a conocer perfectamente en el Hijo.

El Hijo es la imagen perfecta del Padre y su revelación definitiva.

San Pablo desarrolla esta misma verdad cuando presenta a Cristo como «imagen del Dios invisible» (Colosenses 1,15).

No debemos interpretar esta expresión como si Jesús fuera una representación externa de Dios, semejante a una pintura que recuerda a una persona ausente. El Hijo comparte la misma naturaleza divina y revela al Padre porque procede eternamente de Él.

Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!»

Quizá una de las confesiones más explícitas de la divinidad de Cristo se encuentra al final del Evangelio de san Juan.

Después de la Resurrección, Tomás se encuentra con Jesús. Había dudado del testimonio de los demás discípulos y quería comprobar personalmente que el Señor había resucitado.

Cuando Jesús se presenta ante él, Tomás responde:

«¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20,28).

Es una confesión extraordinaria.

Tomás no llama a Jesús simplemente maestro, profeta o enviado de Dios. Lo reconoce como su Señor y su Dios.

Jesús no rechaza esta confesión ni corrige a Tomás por haberle atribuido una dignidad que no le correspondiera. Al contrario, continúa hablando de la fe de quienes creerán sin haber visto.

Este episodio tiene una importancia especial porque muestra cómo la fe apostólica reconoce en el Resucitado al mismo Dios hecho hombre.

El prólogo de san Juan: una afirmación sin ambigüedades

Volvamos al comienzo del cuarto Evangelio.

«El Verbo era Dios» (Juan 1,1).

No estamos ante una interpretación construida siglos después para elevar la categoría de Jesús.

La afirmación pertenece al propio texto evangélico y forma parte del testimonio apostólico que la Iglesia ha recibido y transmitido.

El Catecismo, en su número 454, recoge expresamente esta enseñanza: el nombre de Hijo de Dios significa la relación única y eterna de Jesucristo con su Padre, y el Hijo mismo es Dios.

4. Si Jesús es Dios, ¿por qué rezaba al Padre?

Esta es probablemente una de las preguntas más interesantes y, al mismo tiempo, una de las que más confusión producen.

Si Jesús es Dios, ¿por qué pasaba noches enteras en oración? ¿Por qué se retiraba a lugares solitarios para hablar con el Padre? ¿Por qué enseñó a sus discípulos a rezar?

La respuesta se encuentra en el misterio de la Encarnación.

Jesús es verdaderamente Dios, pero también es verdaderamente hombre.

No asumió una apariencia humana ni representó una humanidad ficticia. Se hizo hombre con un cuerpo verdadero, un alma racional, una inteligencia humana y una voluntad humana.

Por tanto, su vida de oración no era una representación teatral.

Jesús rezaba verdaderamente como hombre, dirigiéndose al Padre, con quien mantiene desde toda la eternidad una relación personal y divina.

La distinción entre el Padre y el Hijo es real. No son la misma Persona.

Cuando Jesús ora, no está hablando consigo mismo como si interpretara dos personajes. El Hijo se dirige al Padre.

Esto se manifiesta de manera particularmente conmovedora en Getsemaní:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú» (Mateo 26,39).

Estas palabras revelan la profundidad de su humanidad.

Cristo experimenta la angustia ante el sufrimiento y la muerte. Su voluntad humana no está anulada por su divinidad. Sin embargo, permanece perfectamente unida a la voluntad divina.

Aquí aparece una de las grandes enseñanzas del cristianismo: Dios no nos salvó permaneciendo distante de nuestro sufrimiento. El Hijo asumió nuestra condición humana y aceptó recorrer el camino de la obediencia hasta la cruz.

¿Y cuando Jesús dice que el Padre es mayor que Él?

En Juan 14,28 encontramos estas palabras:

«El Padre es mayor que yo».

Algunos utilizan este versículo para sostener que Jesús no puede ser verdaderamente Dios porque Él mismo reconoce una superioridad del Padre.

Pero esta interpretación no tiene en cuenta el conjunto de la doctrina cristológica.

La Iglesia distingue entre la naturaleza divina de Cristo y su condición humana asumida en la Encarnación.

Según su divinidad, el Hijo es consustancial al Padre, igual a Él en gloria y majestad.

Según su humanidad, Cristo ha aceptado la condición de siervo, la humillación y la obediencia propias de su misión redentora.

San Pablo expresa esta realidad en Filipenses 2,6-8, cuando enseña que Cristo, existiendo en la condición de Dios, tomó la condición de siervo y se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

No significa que dejara de ser Dios ni que su divinidad disminuyera. Significa que asumió libremente nuestra humanidad y vivió en ella la obediencia filial.

Por tanto, **la humildad de Cristo no demuestra que sea menos Dios; revela hasta dónde llegó su amor por nosotros**.

5. La historia de una verdad defendida desde los primeros siglos: el Concilio de Nicea

Si la divinidad de Jesucristo aparece tan claramente en la Escritura, ¿por qué fue necesario que la Iglesia celebrara concilios para definirla?

Porque desde los primeros siglos surgieron interpretaciones que cuestionaban la verdadera identidad del Hijo de Dios.

Una de las controversias más importantes fue la protagonizada por Arrio, un presbítero de Alejandría que sostenía que el Hijo no era eterno como el Padre, sino que había sido creado por Él.

Según esta posición, Jesucristo no sería Dios en el mismo sentido que el Padre, sino el primero y más elevado de los seres creados.

La cuestión no era secundaria. Si Cristo era una criatura, aunque fuese extraordinaria, la fe cristiana quedaba profundamente alterada.

La Iglesia comprendió que aceptar aquella enseñanza supondría modificar el significado de la Encarnación y de la salvación.

El Concilio de Nicea del año 325

En el año 325 se celebró el primer Concilio ecuménico de Nicea, convocado durante el reinado del emperador Constantino.

Su finalidad principal fue afrontar la controversia arriana y expresar con claridad la fe de la Iglesia sobre la identidad del Hijo.

Los Padres conciliares proclamaron que Jesucristo es:

- Dios de Dios.

- Luz de Luz.
- Dios verdadero de Dios verdadero.
- Engendrado, no creado.
- Consubstancial al Padre.

La palabra griega utilizada para expresar esta última afirmación fue *homoousios*, que significa «de la misma sustancia» o «consubstancial».

¿Por qué fue tan importante esta palabra?

Porque permitía excluir cualquier interpretación según la cual Jesús fuese una criatura, por elevada que pudiera considerarse.

El Hijo no pertenece al conjunto de las criaturas. Es eterno, comparte la naturaleza divina del Padre y existe desde siempre.

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge esta definición en el número 465 y recuerda que Nicea rechazó expresamente la doctrina que afirmaba que el Hijo había salido de la nada. Vatican+1

El Credo que seguimos rezando

La profesión de fe de Nicea fue posteriormente desarrollada en el primer Concilio de Constantinopla, celebrado en el año 381.

De esta tradición procede el Credo niceno-constantinopolitano que los católicos proclamamos en la Santa Misa:

«Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho».

Estas palabras no son una fórmula decorativa ni una repetición rutinaria.

Cada vez que las pronunciamos estamos confesando una verdad que la Iglesia defendió frente a quienes pretendían reducir a Cristo a una criatura.

Y hay algo especialmente significativo: cuando rezamos el Credo, no estamos inventando nuestra propia interpretación de Jesús. Estamos profesando la fe apostólica recibida, transmitida y definida por la Iglesia.

El Concilio de Calcedonia: verdadero Dios y verdadero hombre

La defensa de la identidad de Cristo continuó durante los siglos siguientes.

En el año 451, el Concilio de Calcedonia formuló una declaración fundamental: Jesucristo es una sola Persona en dos naturalezas, divina y humana.

Ambas naturalezas permanecen sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación.

Esta definición protegía dos verdades inseparables:

1. Jesús es plenamente Dios.
2. Jesús es plenamente hombre.

No podemos sacrificar ninguna de las dos.

Si negamos su divinidad, destruimos el misterio de la Encarnación.

Si negamos su humanidad, vaciamos de contenido su nacimiento, su sufrimiento, su muerte y su verdadera solidaridad con nosotros.

La Iglesia confiesa, por tanto, que quien nació de María es el mismo Hijo eterno de Dios.

El Catecismo recoge esta enseñanza en el número 467, reproduciendo la doctrina de Calcedonia. Vatican+1

6. ¿Cómo puede Jesús ser Dios si nació de María?

Aquí encontramos otro aspecto extraordinario de nuestra fe.

Jesucristo nació en Belén. Fue un niño verdadero. Necesitó cuidados, alimentación y protección. Creció en una familia humana y vivió durante años en Nazaret.

¿Cómo puede ser eterno alguien que nació en un momento concreto de la historia?

La respuesta está nuevamente en la Encarnación.

Jesús no comenzó a existir cuando nació de María. Comenzó entonces su existencia humana en la historia, pero su Persona divina existe desde toda la eternidad.

El nacimiento de Belén no es el comienzo de la existencia del Hijo, sino el comienzo de su vida humana entre nosotros.

El Evangelio de san Juan lo expresa de una manera sublime:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).

El sujeto de la Encarnación es el Verbo eterno.

No fue un hombre que posteriormente recibió la divinidad. Fue el Hijo de Dios quien asumió una naturaleza humana en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo.

Por eso María es verdaderamente Madre de Dios.

Esta afirmación, que puede parecer sorprendente, fue solemnemente defendida en el Concilio de Éfeso del año 431.

¿Por qué?

Porque María no es solamente la madre de una naturaleza humana separada de Dios. Es la madre de Jesucristo, que es una única Persona divina.

María no es anterior a Dios ni es madre de la naturaleza divina. Pero aquel a quien dio a luz es verdaderamente Dios hecho hombre.

Por eso la Iglesia la proclama *Theotokos*, expresión griega que significa «Madre de Dios».

Esta verdad tiene una consecuencia espiritual inmensa: Dios quiso entrar en nuestra historia mediante el consentimiento libre de una mujer.

El Todopoderoso aceptó hacerse pequeño. El Creador aceptó recibir de una criatura la naturaleza humana que había decidido asumir.

Y todo ello por nuestra salvación.

7. ¿Por qué era necesario que Jesucristo fuese verdaderamente Dios?

Podríamos preguntarnos si realmente importa tanto esta cuestión.

¿No sería suficiente considerar a Jesús un gran maestro espiritual, un profeta extraordinario o un hombre que mostró el camino del amor?

Desde la perspectiva cristiana, no.

La divinidad de Cristo no es un detalle secundario de la doctrina. Es el fundamento de nuestra comprensión de la salvación.

Porque solamente Dios puede reconciliarnos plenamente con Él

El pecado no es simplemente una equivocación moral ni una conducta socialmente perjudicial.

Es una ruptura de la relación del hombre con Dios.

La humanidad necesita ser reconciliada con su Creador, liberada del pecado y restaurada en la comunión divina.

Jesucristo no viene únicamente a enseñarnos cómo comportarnos mejor. Viene a salvarnos.

En la cruz, el Hijo de Dios ofrece su vida por nosotros. Su sacrificio posee un valor redentor que no puede compararse con el de ningún sacrificio meramente humano.

Pero debemos comprender también que la salvación no se realiza porque Jesús sea solamente Dios.

Es precisamente porque es verdadero Dios y verdadero hombre por lo que puede ser nuestro mediador y representante.

Como hombre, puede ofrecer una obediencia verdaderamente humana al Padre.

Como Dios, su Persona posee la dignidad divina que hace de su entrega el sacrificio redentor de Cristo.

Porque Dios quiso revelarnos su rostro

En el Antiguo Testamento, Dios se manifestó mediante acontecimientos, profetas, palabras y signos.

Pero en Jesucristo encontramos la revelación definitiva del Padre.

La Carta a los Hebreos comienza afirmando:

«Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hebreos 1,1-2).

Jesús no es simplemente otro mensajero dentro de una larga sucesión de enviados.

Es el Hijo.

En Él, Dios mismo viene a nuestro encuentro.

Por eso, cuando contemplamos la misericordia de Jesús hacia los pecadores, su compasión por los enfermos, su paciencia con los discípulos y su entrega en la cruz, estamos contemplando el amor de Dios manifestado en nuestra historia.

Porque solamente Cristo puede comunicarnos la vida divina

La salvación cristiana no consiste únicamente en evitar el castigo o recibir una recompensa después de la muerte.

Consiste en entrar en comunión con Dios.

San Pedro habla de nuestra vocación a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1,4).

Esta participación no significa que nos convirtamos en dioses por naturaleza ni que perdamos nuestra identidad humana.

Significa que, por la gracia, somos elevados a una comunión sobrenatural con Dios.

El Hijo eterno se hizo hombre para que nosotros pudiéramos recibir la vida de Dios.

Esta es una de las dimensiones más profundas de la Encarnación: **Dios se hizo cercano para elevarnos hasta Él**.

8. ¿Qué dicen los primeros cristianos sobre la divinidad de Jesús?

La fe en la divinidad de Cristo no apareció repentinamente en el siglo IV.

La encontramos ya en los testimonios del Nuevo Testamento y en las primeras comunidades cristianas.

Los apóstoles no presentaban a Jesús como un simple maestro moral cuya memoria debía conservarse.

Lo anunciaban como el Señor resucitado, el Hijo de Dios y el Salvador.

Un ejemplo significativo aparece en la primera carta de san Pablo a los Corintios:

«Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por quien somos nosotros» (1 Corintios 8,6).

Esta formulación es especialmente importante porque Pablo mantiene el monoteísmo y, al mismo tiempo, incluye a Jesucristo en la identidad divina mediante su confesión como Señor y su participación en la creación.

También encontramos un testimonio fundamental en el himno cristológico de Filipenses 2,6-11.

San Pablo presenta a Cristo existiendo en la condición de Dios, asumiendo la condición de siervo y humillándose hasta la muerte de cruz.

Después proclama su exaltación y afirma que toda rodilla debe doblarse ante Él y toda lengua confesar que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Este pasaje muestra que la humildad de la Encarnación y la gloria divina de Cristo no se contradicen.

San Ignacio de Antioquía

Entre los primeros testimonios cristianos posteriores a los apóstoles encontramos los escritos de san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir de comienzos del siglo II.

En sus cartas encontramos una confesión explícita de Jesucristo como Dios.

En su Carta a los Efesios, Ignacio se refiere a Jesucristo como «nuestro Dios».

Este testimonio tiene un valor histórico importante porque muestra que la confesión de la

divinidad de Cristo estaba presente en la vida de la Iglesia mucho antes del Concilio de Nicea.

Nicea no inventó la divinidad de Jesús: definió solemnemente una verdad que la Iglesia ya profesaba y que necesitaba proteger frente a interpretaciones contrarias.

San Atanasio de Alejandría

En el siglo IV, san Atanasio fue uno de los principales defensores de la divinidad del Hijo frente al arrianismo.

Su defensa no era una simple disputa sobre palabras.

Comprendía que, si el Hijo no era verdaderamente Dios, tampoco podía comunicarnos la vida divina ni realizar plenamente la obra de nuestra salvación.

En sus escritos sobre la Encarnación del Verbo desarrolló la relación entre la divinidad de Cristo, la restauración de la humanidad y nuestra participación en la vida divina.

Su testimonio resulta fundamental para comprender la continuidad entre la fe apostólica y la doctrina definida en Nicea.

9. Tres errores que debemos evitar cuando hablamos de Jesucristo

La claridad doctrinal es especialmente necesaria en una época en la que las cuestiones religiosas se simplifican con frecuencia hasta perder su verdadero significado.

Conviene identificar tres errores habituales.

Primer error: Jesús es un hombre que fue elevado a la categoría de Dios

Esta interpretación niega la preexistencia eterna del Hijo.

Jesús no comenzó siendo un hombre extraordinario para convertirse después en Dios.

Es el Hijo eterno que asumió nuestra humanidad.

Su divinidad no es una recompensa por sus méritos humanos.

Segundo error: Jesús es el Padre

Esta confusión tampoco corresponde a la fe católica.

El Padre y el Hijo son Personas distintas.

Jesús se dirige al Padre en oración, es enviado por el Padre y habla constantemente de su relación filial con Él.

Si fueran una misma Persona, desaparecería la distinción personal que la revelación nos enseña.

La Santísima Trinidad no significa que Dios interprete tres papeles diferentes. Significa que en el único Dios existen eternamente tres Personas realmente distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tercer error: Jesús es un dios inferior al Padre

Esta fue precisamente una de las cuestiones centrales del arrianismo.

La Iglesia rechaza la idea de que el Hijo tenga una divinidad menor o haya sido creado en un momento determinado.

El Hijo es eterno y consustancial al Padre.

No hay tres grados de divinidad ni una jerarquía de dioses.

Hay un solo Dios en tres Personas.

10. ¿Qué significa creer que Jesús es Dios en el mundo actual?

Podríamos considerar que todas estas cuestiones pertenecen exclusivamente a los debates teológicos de los primeros siglos.

Sin embargo, tienen una importancia extraordinaria para el católico de hoy.

Vivimos en una sociedad que puede admirar a Jesús, citar algunas de sus enseñanzas e incluso reconocer su influencia histórica, pero que no siempre está dispuesta a aceptar quién es realmente.

Es relativamente sencillo presentar a Jesús como un defensor de la fraternidad, un maestro de tolerancia o un ejemplo de solidaridad.

Todas esas dimensiones pueden encontrarse en su vida y en su enseñanza.

Pero reducirlo a ellas significa dejar fuera lo esencial.

Jesucristo no vino solamente a enseñarnos valores humanos: vino a salvarnos del pecado y a reconciliarnos con Dios.

No podemos separar sus enseñanzas de su identidad divina.

Un cristianismo sin divinidad de Cristo deja de ser plenamente cristiano

Si Jesús es únicamente un maestro, podemos seleccionar sus enseñanzas según nuestros gustos personales.

Podemos aceptar unas palabras y rechazar otras. Podemos convertirlo en un símbolo de nuestras propias convicciones.

Pero si Jesús es Dios, la situación cambia radicalmente.

Sus palabras no son simples opiniones religiosas. Son palabras que reclaman nuestra fe, nuestra conversión y nuestra obediencia.

Cuando Cristo dice:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Juan 14,6),

no está proponiendo una filosofía entre muchas otras.

Está revelando una verdad fundamental sobre la salvación.

Cuando perdona los pecados, no está ofreciendo únicamente consuelo psicológico.

Cuando instituye la Eucaristía, no está organizando simplemente un recuerdo simbólico de su muerte.

Cuando manda a sus apóstoles predicar el Evangelio, no está transmitiendo una ideología humana.

Está comunicando la voluntad de Dios.

Por eso la divinidad de Cristo transforma completamente nuestra manera de vivir la fe.

La oración cambia cuando comprendemos quién es Jesús

Si Jesús fuera únicamente un personaje histórico, nuestra relación con Él dependería de la memoria y de la admiración.

Pero si es Dios verdadero, nuestra relación con Él es una relación viva.

Podemos adorarlo, pedirle perdón, confiarle nuestras preocupaciones y entregarle nuestra vida.

La oración cristiana no consiste simplemente en reflexionar sobre las enseñanzas de un hombre del pasado.

Consiste en entrar en comunión con Cristo resucitado.

Por eso la Iglesia conserva desde sus orígenes la adoración a Jesucristo como Señor.

Y por eso la Eucaristía ocupa un lugar central en la vida católica: en ella recibimos verdaderamente a Cristo, no como un simple recuerdo de alguien que vivió hace dos mil años, sino como el Señor vivo y glorioso.

La familia debe transmitir quién es realmente Jesucristo

Esta verdad también tiene consecuencias para la educación cristiana de los hijos.

No basta con enseñarles que Jesús era bueno, que ayudaba a los necesitados o que hablaba del amor.

Todo eso es importante, pero debemos enseñarles también que Jesús es el Hijo eterno de Dios, que murió por nuestros pecados y resucitó verdaderamente.

Los niños necesitan comprender que la fe cristiana no es solamente una colección de normas para comportarse correctamente.

Es una relación personal con Dios.

Cuando una familia reza, participa en la Santa Misa, lee el Evangelio y enseña a sus hijos a dirigirse a Jesucristo, está transmitiendo algo mucho más profundo que una tradición cultural.

Está transmitiendo la fe.

11. ¿Cómo podemos profundizar personalmente en este misterio?

Comprender intelectualmente la divinidad de Jesucristo es fundamental, pero la fe no puede quedarse en una afirmación teórica.

El misterio de Cristo debe transformar nuestra vida.

Podemos comenzar con algunas prácticas concretas.

1. Leer el Evangelio de san Juan.

Es especialmente recomendable meditar despacio sus primeros capítulos. Allí encontramos algunas de las declaraciones más profundas sobre la identidad del Verbo, su relación con el Padre y su misión salvadora.

No se trata de leer rápidamente, sino de detenernos ante cada palabra.

2. Rezar el Credo con atención.

Cuando proclamemos «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero», debemos recordar lo que estamos afirmando.

No son palabras antiguas sin relación con nuestra vida. Son el fundamento de nuestra fe.

3. Adorar a Cristo en la Eucaristía.

La adoración eucarística nos ayuda a comprender que Jesús no es simplemente alguien a quien admiramos.

Es nuestro Señor.

Ante el Santísimo Sacramento podemos reconocer nuestra pequeñez, agradecer su entrega y renovar nuestra confianza en Él.

4. Contemplar la humanidad de Cristo.

No debemos estudiar su divinidad olvidando su humanidad.

Contemplemos su nacimiento, su vida oculta en Nazaret, su predicación, sus milagros, su agonía en Getsemaní y su muerte en la cruz.

El mismo Dios que sostiene el universo quiso experimentar nuestra existencia humana.

5. Aprender a distinguir entre fe y opiniones personales.

En una época de abundante información religiosa, es importante acudir al Catecismo, a la Sagrada Escritura y a las enseñanzas del Magisterio.

No toda interpretación que encontramos en internet representa la doctrina católica.

La identidad de Jesucristo es demasiado importante para dejarla en manos de explicaciones improvisadas.

12. El misterio que debemos contemplar: Dios se hizo hombre por nosotros

Existe una última dimensión de esta verdad que merece una reflexión especial.

A veces estudiamos la divinidad de Jesucristo desde una perspectiva exclusivamente intelectual: analizamos textos bíblicos, estudiamos concilios, comparamos doctrinas y examinamos formulaciones teológicas.

Todo ello es necesario.

Pero corremos el riesgo de olvidar que estamos hablando de un misterio de amor.

El Hijo eterno de Dios no asumió nuestra humanidad por necesidad.

No necesitaba nuestra compañía, nuestro reconocimiento ni nuestras alabanzas para ser

eternamente feliz en la comunión trinitaria.

Fue por amor por lo que quiso venir a nuestro encuentro.

El prólogo de san Juan nos recuerda que el Verbo se hizo carne.

San Pablo nos enseña que Cristo se humilló y aceptó la muerte de cruz.

Y el propio Jesús, durante la Última Cena, pronunció estas palabras:

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Juan 15,13).

No estamos ante una idea abstracta.

Estamos ante el misterio de un Dios que nos ama hasta el extremo.

El que nació en Belén es el mismo que creó las estrellas.

El que lloró ante la tumba de Lázaro es el mismo que tiene poder sobre la vida y la muerte.

El que fue azotado y coronado de espinas es el mismo Señor ante quien se postran los ángeles.

El que murió en la cruz es el mismo que resucitó glorioso y vive para siempre.

Y ese mismo Jesucristo sigue llamando a los hombres a la conversión, a la fe y a la santidad.

Conclusión: Jesús es el Hijo de Dios porque es Dios desde toda la eternidad

Volvamos a la pregunta inicial:

¿Jesucristo es el Hijo de Dios o es Dios mismo?

La respuesta de la Iglesia católica es inequívoca:

Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, segunda Persona de la Santísima Trinidad, consustancial al Padre y nacido de María según su humanidad.

No es el Padre, pero es Dios.

No es una criatura, sino el Hijo eterno.

No es un hombre que recibió posteriormente la divinidad, sino Dios Hijo que asumió nuestra naturaleza humana.

Esta es la fe que proclamaron los apóstoles, defendieron los Padres de la Iglesia, definieron los concilios ecuménicos y transmitieron los santos a través de los siglos.

Por eso, cuando un católico mira un crucifijo, no contempla simplemente la ejecución de un hombre inocente.

Contempla al Hijo de Dios hecho hombre, que entregó libremente su vida por nuestra salvación.

Cuando contempla al Niño de Belén, no ve solamente a un recién nacido.

Ve al Verbo eterno que ha entrado en la historia.

Y cuando se arrodilla ante el Santísimo Sacramento, no se arrodilla ante un símbolo vacío, sino ante Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, realmente presente en la Eucaristía.

Quizá la mejor manera de terminar esta reflexión sea volver a las palabras de santo Tomás, que después de su encuentro con Cristo resucitado pronunció una de las confesiones de fe más hermosas de toda la Escritura:

«¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20,28).

Que estas palabras no sean solamente una frase que repetimos, sino una verdadera profesión de fe.

Porque creer que Jesús es Dios no significa únicamente aceptar una definición doctrinal.

Significa reconocerlo como Señor de nuestra existencia, confiarle nuestra vida, obedecer sus mandamientos, recibir su gracia y caminar hacia la santidad.

Jesús no es simplemente alguien que nos habla de Dios. Jesús es Dios que ha venido a buscarnos.

Y esa es, precisamente, la extraordinaria noticia que el cristianismo lleva anunciando al mundo desde hace dos mil años.

Fuentes doctrinales y bíblicas para profundizar

- **Sagrada Escritura:** Juan 1,1-18; Juan 8,58; Juan 10,30; Juan 14,6-11; Juan 20,28; Filipenses 2,6-11; Colosenses 1,15-20; Hebreos 1,1-12.
- **Catecismo de la Iglesia Católica:** números 422-455 (Jesucristo, Hijo único de Dios); 456-483 (la Encarnación, verdadero Dios y verdadero hombre).
- **Concilio de Nicea (325):** profesión de fe sobre la divinidad y consustancialidad del Hijo.
- **Concilio de Éfeso (431):** doctrina sobre la maternidad divina de María.
- **Concilio de Calcedonia (451):** definición de las dos naturalezas de Jesucristo en la única Persona del Verbo.
- **San Ignacio de Antioquía:** Carta a los Efesios.
- **San Atanasio de Alejandría:** Sobre la Encarnación del Verbo.

Para profundizar en la definición de Nicea y su significado, también resulta especialmente útil la catequesis de san Juan Pablo II del 9 de marzo de 1988 sobre las definiciones conciliares de la fe en Jesucristo.